APÉNDICE

LA MAGNANIMIDAD*

Una de las virtudes más bellas e importantes, y sin embargo más preteridas, es la magnanimidad. Ella ocupa el justo medio entre dos extremos viciosos: la megalomanía, por exceso aparente; y la pusilanimidad, por defecto real.

* * *

El megalómano busca en todo morbosamente la grandeza cuantitativa, exterior y de escaparate. Grandeza de relumbrón, que deje pasmados y boquiabiertos a los demás mortales. Anda a caza de sonoros títulos nobiliarios o académicos, de relumbrantes entorchados y de vistosas condecoraciones, de lujosas moradas y de pomposas recepciones de riquezas fabulosas y de cargos altisonantes, de amistades principescas y de relaciones ecuménicas.

Lo que menos le preocupa es la sabiduría o la virtud. Poder, riqueza, fama, es lo único que le interesa. Tiene aspiraciones locas. Sus pretensiones no reconocen límites.

La megalomanía tiene tres grados principales y adopta tres formas correspondientes: la presuntuosidad, la ambición y la vanagloria.

---

* «Lumen» III (1954) 1-17.

El presuntuoso acomete la realización de cosas de tal entidad, que rebasan sus facultades. Es un imbécil, y quiere dar la puntilla a un Santo Tomás; es un tartamudo de voz apagada, y pretende superar a un San Juan Crisóstomo; no tiene un céntimo, y aspira a levantar un Escorial.

En realidad es un ignorante: porque no se da exacta cuenta de la grandeza y de la dificultad de las obras a realizar, ni de sus escasos recursos, ni de la desproporción existente entre aquéllas y éstos. Es hombre de grandes esperanzas y de aspiraciones ilimitadas, pero sin fundamento real y verdadero. Sueña con grandezas y facilidades de todas clases, cuando sus posibilidades están a cero o poco menos. Lo ve todo de color de rosa, cuando ante sus ojos no existe más que un campo desierto y calcinado. Es un soñador y proyectista, que vive fuera de la realidad. Quiere realizar obras superiores a las del magnánimo, quedándose de hecho a medio camino.

El ambicioso propiamente dicho no aspira a grandes hechos reales o soñados como el presuntuoso, sino a los grandes honores y dignidades que suelen ser el premio de las grandes hazañas. No le importa la honradez, ni la probidad, ni la competencia, sino el honor y la estima de los hombres. Por eso busca sin escrúpulo y por todos los medios escalar las alturas del Poder o de los más empinados cargos, para recibir el pleito homenaje de las muchedumbres. Quiere ser el primero de todos en las honras y distinciones, aunque sea el último en méritos y virtudes.

El vanaglorioso no se fija en las grandes hazañas ni en los grandes honores, sino en su resonancia y aparato exterior, es decir, en la popularidad, bajo la forma de fama y de gloria humana. Es propiamente un fanfarrón vanitonto. Que suene su nombre, que todos le conozcan, le alaben y le aplaudan. Lo de menos es ser un grande hombre. Basta parecerlo y celebrarlo. Se contenta con ser famoso.

Pero busca su celebridad por todos los medios, aunque sean los más rastreros y ridículos. El mismo se hace la

propaganda, o se la pide a sus amigos, o la compra con dinero.

Si ha publicado un libro, o ha predicado un sermón, o ha dado una charla, o ha pronunciado una conferencia, es él mismo el que manda su reseña a periódicos o revistas, haciendo los mayores elogios, pero ocultando su propio nombre para no excitar la risa del público.

Mas, como ese ánimo da que sospechar, o no se le hace caso por ser el aplauso de Don Nadie, se rebaja a pedir reseña a alguno de sus amigos o conocidos, regalándole un ejemplar con dedicatoria ditirámbica, y suplicándole que él le corresponda y haga lo propio en la prensa o en la radio. Recuerdo a este propósito el caso de un Autor que empleó dicho procedimiento; y al contestarle el destinatario que haría la reseña, pero con algunos reparos benévolos, el interesado le hartó de telegramas y de cartas y de visitas de otros amigos, suplicándole por todos los Santos del cielo que no hiciese tal cosa. Temblaba el infeliz como un reo condenado a la última pena.

Por eso es más frecuente comprar las alabanzas: ya sea por intercambio de mercancías, ingresando en la Compañía de bombos mutuos; ya pagando directamente la propaganda en dinero contante y sonante, como si se tratara de productos venales. ¡Y cuántas celebridades hay por esos mundos de Dios, que deben su fama a esos o parecidos procedimientos!

Tres grados o manifestaciones descendentes de la megalomanía. El presuntuoso aspira a grandes y desmesuradas hazañas sin tener en cuenta sus posibilidades, y consiguientemente a las grandes honras y a los grandes aplausos. El ambicioso prescinde de las grandes hazañas, y sólo se fija en las grandes honras, sin desdeñar los grandes encomios. El vanaglorioso renuncia a las grandes hazañas y a los grandes honores, con tal de que le quepan en suerte los grandes aplausos.

La megalomanía del pretencioso es más interior que exterior; la del ambicioso es más exterior que interior; la del vanaglorioso es puramente exterior. Aristóteles llama

a la megalomanía vanagloriosa, hinchazón y vacuidad con resquebrajaduras: χανυοτης[1].

* * *

El reverso de la megalomanía es la pusilanimidad. El pusilánime es un apocado, un indolente, un perezoso. Así como al megalómano todo le parece fácil y hacedero, al pusilánime, por el contrario, todo se le figura difícil e imposible. No sueña con grandezas, sino con pequeñeces; no con triunfos, sino con derrotas. Por todas partes ve dificultades y obstáculos insuperables. Es un pesimista, que todo lo ve negro y sombrío.

No aspira a nada importante, ni emprende cosa de mayor entidad. Carece de ideal. Se encierra dentro de sí mismo, y no se atreve a salir al exterior. No le mueven las honras ni los aplausos de los hombres, no porque de suyo no le agraden, sino porque cuestan trabajo. Es un insensible y un apático. Su única aspiración es molestarse lo menos posible, y no meterse en dibujos. Y si no tiene más remedio que hacer algo, eso lo realiza con la mayor desidia y negligencia: tarde, poco y mal. Por nada ni por nadie se sacrifica. Es un poltrón y un egoísta, que no busca más que su propia comodidad: *il dolce far niente.*

De él ha escrito Ortega y Gasset: «el pusilánime carece de misión. Vivir es para él simplemente existir él, conservarse, andar entre las cosas que están ya ahí, hechas por otros –sean sistemas intelectuales, estilos artísticos, instituciones, normas tradicionales, situaciones de orden público–. Sus actos no emanan de una necesidad creadora, originaria, inspirada e ineludible –ineludible como el parto–. El pusilánime, por sí, no tiene nada que hacer: carece de proyectos y de afán riguroso de ejecución. De suerte que, no habiendo en su interior «destino», forzosidad congénita de crear, de derramarse en obras, sólo actúa

[1] Ethica Nicom., lib. II, cap. 7.

movido por intereses subjetivos –el placer y el dolor–. Busca el placer y evita el dolor»[1].

El megalómano confía demasiado en sí mismo: el pusilánime, por el contrario, desconfía de sí mismo con exceso. Su pequeñez de espíritu raya en vileza.

* * *

La verdadera magnanimidad pone las cosas en su punto: modera los ímpetus de la excesiva confianza en sí mismo, y refrena el pesimismo de la demasiada desconfianza, reduciendo las aspiraciones y las empresas a sus debidas proporciones, en conformidad con las posibilidades de cada cual.

Santo Tomás la define diciendo que es una virtud por la cual el hombre, sopesadas sus propias fuerzas, acomete, según la medida de las mismas, las obras más altas y perfectas de todo el orden moral: «*qua homo, pensatis viribus propris, secundum earum mensuram ad ardua virtutis opera se extendit*»[2].

La magnanimidad es una parte potencial de la fortaleza, y tiene por objeto propio la grandeza moral completa y total. No se contenta con pequeñeces ni mediocridades, sino que aspira a la mayor perfección posible en todas y cada una de las virtudes: «coniectat *magna* in actibus *omnium* virtutum»[3]. Grandeza no ciertamente cuantitativa y exterior, sino cualitativa e interior, es decir, de perfección. Y ésta no meramente relativa o proporcional, o sea en cuanto al solo modo de obrar, como sucede cuando se hace bien una cosa pequeña; sino absoluta, esto es, en cuanto a la cosa hecha y en cuanto al modo de hacerla, como acontece cuando se hace muy bien una cosa muy grande. «El magnánimo –dice Ortega y Gasset– es un

---

1 *Mirabeau o el Político.* Obras, Espasa-Calpe, p. 1130-1131. Madrid, 1936.

2 In III Sent., dist. 34, q. 1, a. 2; ed. F. Moos, O. P., n.° 68.

3 Sto. Tomás, in librum Boethii De Trinitate, q. 3, a. 2.

hombre que tiene misión creadora: vivir y ser es para él hacer grandes cosas, producir obras de gran calibre»[1].

Todas las virtudes morales son capaces de crecer indefinidamente, no ya por la multiplicación material y rutinaria de sus actos, sino por su intensidad y pureza, sometiéndose más a los dictados de la prudencia, y dejándose informar y animar más profunda y vitalmente por ella. Y a eso aspira la magnanimidad: a crecer y superarse siempre en bondad moral, sin pararse nunca, sino caminando continuamente con nuevos bríos hacia la meta.

No es que el magnánimo pretenda ser un gigante desde el principio –eso sería presunción y megalomanía–, sino que aspira a serlo a su tiempo, cuando sus fuerzas y posibilidades estén plenamente desarrolladas. Porque a medida que crecen las virtudes, aumenta también el poder de obrar el bien y de evitar el mal: y precisamente el magnánimo trata de aumentar siempre ese capital, y de explotarlo al máximum, sin desperdiciar un solo céntimo.

La magnanimidad es la virtud del crecimiento de todas las virtudes morales en progresión geométrica. Por eso la llama Aristóteles adorno y esbeltez de las virtudes: χοσμος των αρετων[2]. Porque precisamente la esbeltez y la hermosura no se dan más que en lo perfectamente desarrollado y proporcionado. Lo pequeño o no totalmente desarrollado se puede decir lindo o bonito, no propiamente bello ni hermoso.

El magnánimo, por consiguiente, no se preocupa de la honra ni de la gloria humana, sino de la virtud y de la honradez. Le tiene sin cuidado el juicio y el parecer de los hombres, particularmente del vulgo. No le afectan las alabanzas ni lo vituperios, que ni las busca ni los teme.

Posee un alma verdaderamente grande. Por eso no se llena con las bagatelas humanas. No es interesado, sino dadivoso; no vengativo, sino clemente; no envidioso, sino caritativo; no hablador, sino más bien taciturno, aunque

---

1 Obra cit., p. 1130.

2 Ethica Nicom., lib. IV, cap. 3.

afable; no precipitado, sino calmoso y ordenado, *cunctator;* no melancólico, sino discretamente alegre. No se queja de nada ni de nadie. Es todo un caballero, como pudiera serlo el Cid Campeador.

Aristóteles llegó a conocer este tipo de magnanimidad natural o adquirida, haciendo de ella un bellísimo retrato en su Etica a Nicómaco, lib. 4, cap. 3. Los estoicos, particularmente Crisipo y Panecio, le dieron gran importancia[1], y el mismo Demócrito reconoce que es propio de esta virtud soportar con calma las injurias[2]. Sócrates, en sentir de Aristóteles, es el tipo del magnánimo[3], y no precisamente Alcibiades; como tampoco lo era Mirabeau, que le era muy parecido, diga lo que quiera Ortega y Gasset[4]. Pero no deja de tener su punto de verdad lo que añade este último. «Nuestro tiempo –dice– no hubiera nunca inventado estas dos palabras: magnanimidad y pusilanimidad. Más bien lo que ha hecho es olvidarlas, ciego para la distinción fundamental que designan. Desde hace siglo y medio todo se confabula para ocultarnos el hecho de que las almas tienen diferente formato, que hay almas grandes y almas chicas, donde grande y chico no significan nuestra valoración de esas almas, sino la diferencia real de dos estructuras psicológicas distintas, de dos modos antagónicos de funcionar la psique. El magnánimo y el pusilánime pertenecen a especies diversas, vivir es para uno y otro una operación de sentido divergente y, en consecuencia, llevan dentro de sí dos perspectivas morales contradictorias»[5]. La democratización de todos los valores humanos ha hecho que se tome como norma de la vida la mediocridad, que suele ser el nivel de la masa. Y

---

1 Cf. J. von Arnim, Stoicorum veterum fragmenta, t. II. Leipzig, 1923; B. Tatakis, Panétius de Rhodes, le fondateur du moyen stoicisme, sa vie et son oeuvre, París 1931.

2 H. Diels, Die Fragmente der Vorsokratiker, 68B, n.º 46; ed. W. Krantz, t. II, p. 156, 5-6, Berlín 1952.

3 II Posr. Analytic., cap. 13.

4 Obra cit., p. 1129, 1131.

5 p. 1130.

cuando se cree culta y civilizada reviste la forma de frivolidad y de superficialidad.

Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que esa magnanimidad adquirida es todavía muy imperfecta; y tanto en los filósofos griegos como en Cicerón y en Séneca, no aparece suficientemente distinguida de la fortaleza y de la ambición del Poder, en orden, como es obvio, a la grandeza política o nacional.

Por eso apareció a algunos Padres dicha magnanimidad pagana como sombreada por un cierto dejo de soberbia y de autosuficiencia, y, por tanto, en conflicto con la verdadera humildad cristiana.

* * *

Realmente las virtudes adquiridas, incluso la magnanimidad, son muy imperfectas en el estado de la naturaleza caída, si no viene en su ayuda la gracia sanante y elevante. La verdadera y perfecta magnanimidad es la magnanimidad cristiana, es decir, infusa y sobrenatural.

Al hombre cristiano no se le propone como ideal el seguimiento y la imitación de Sócrates, y mucho menos de Ulises, de Alcibiades o de Mirabeau, sino de Jesucristo, «qui bene omnia fecit»[1]; no la conquista de reinos temporales, sino la del Reino de los Cielos; y ésto, no por nuestras fuerzas naturales, sino con la ayuda de Dios mismo, mediante sus gracias sobrenaturales.

El objetivo de la magnanimidad infusa es la grandeza de los hijos de Dios y de los miembros del cuerpo místico de Cristo. Por eso se nos exhorta en la Sagrada Escritura a negociar siempre con el talento recibido (Lc. 19, 13) sin desperdiciar una sola gracia (1 Tim. 4, 14), sino más bien esforzándonos por alcanzar la meta con todo género de obras buenas (II Pet. 1, 10), yendo de virtud en virtud (Psal. 83, 8) y renovándonos de día en día (II Cor. 4, 16), creciendo en todos los sentidos hasta colmar la medida

[1] Mc. 7, 37.

de la plenitud de Cristo en nosotros (Ephes. 4, 13; Colos. 2, 19; I Pet. 2, 2; II Pet. 3, 18). Crecimiento y superación que debe durar toda la vida sin descanso, por más santo y perfecto que sea el hombre viador, según aquella amonestación bíblica: el justo se justifique más, y el santo no deje nunca de crecer en santidad hasta la hora de la muerte (Eccli. 18, 22; Apoc. 22, 11).

Pero esa grandeza sobrenatural no puede ser efecto ni premio de nuestras propias fuerzas naturales, porque éstas, por más perfectas y completas que sean en su esfera, son incapaces de comenzar nada perteneciente al orden sobrenatural de las virtudes infusas, y mucho menos de continuarlo y de concluirlo, como sería preciso para conservar la esencia de la magnanimidad, que exige tal crecimiento y consumación. Y tanto menos todavía en el estado actual de la naturaleza caída, en que esas fuerzas morales naturales, por estar sumamente debilitadas, pueden muy poco, y ésto muy imperfectamente.

Necesitamos, pues, de la ayuda de Dios para toda la construcción de ese grandioso edificio sobrenatural que el Señor nos tiene encomendada (I Cor. 3, 9; Ephes. 2, 20-22; 4, 12-16): ayuda, ella misma, sobrenatural, que nunca nos falta, y con la cual lo podemos todo (II Cor. 12, 9; Phil. 4, 13), porque da vigor al enflaquecido y multiplica las fuerzas del encanijado. Merced a ella, los que en El confían y se apoyan renuevan sus energías, echan alas como de águila, vuelan velozmente y a gran altura sin cansarse, y corren hasta la meta sin rendirse (Isaías, 40, 29-31).

* * *

Con lo cual dicho se está que, para llevar a feliz término esa construcción grandiosa del templo vivo de Dios en nuestras almas, deben combinarse y conjugarse particularmente estas dos virtudes: la magnanimidad y la humildad; que no son antagónicas, sino complementarias.

Mirando a lo que tenemos de nosotros mismos, somos la misma debilidad e impotencia, polvo y ceniza (Gen. 18,

27; Eccli. 17, 31), siervos inútiles (Lc. 17, 10), nada (II Cor. 12, 11; Gal. 6, 3), porque de la nada procedemos y en la nada nos convertiríamos si Dios no nos tuviese de su mano, especialmente en el orden sobrenatural, respecto del cual somos *positivamente indignos,* por ser concebidos en pecado (Psal. 50, 7) y ser desde nuestro nacimiento hijos de ira (Ephes. 2, 3). Si hay algo bueno y sobrenatural en nosotros, lo tenemos de prestado. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si fuera tuyo? (I Cor. 4, 7).

Palabras de Apóstol, a las que añade San Agustín este hermoso comentario: «quaere quid sit hominis proprium, peccatum invenies; quaere quid sit hominis proprium, mendacium invenies. *Tolle peccatum, et quidquid consideraveris in homine, Dei est*»[1].

Es el fundamento de la humildad. Nada más bajo en este sentido que el hombre, porque él no solamente procede de la nada como las demás criaturas irracionales, sino que es concebido y nacido en pecado, y además puede seguir hundiéndose ofendiendo a Dios con pecados personales: miserias e imperfecciones que no tienen aquellos. «Tota humilitas tua, ut cognoscas te»[2]: «haec est ergo tota scientia magna; hominem scire quia ipse per se nihil est; et quoniam quidquid est, a Deo est et propter Deum»[3].

Debe pues, el hombre vaciarse completamente de sí mismo, hasta ponerse al nivel de la nada. Y este vacío profundo, en todas las direcciones del ser, sin dejar nada movedizo e inestable, es precisamente la zanja gigantesca que hacía falta, para poner sobre ella los cimientos de ese gran templo de Dios.

Por eso escribe hermosamente el Aguila de Hipona: «magnus esse vis, a minimo incipe. Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis, de fundamento prius cogita humilitatis. Et *quantam quisque vult et disponit supe-*

---

1 Sermo 32, n.° 10. ML. 38, 200.

2 S. Agustín, Tract. 25 in Joannem, n.° 16. ML. 35, 1604.

3 S. Agustín, Enarratio in Psalmun 70, sermo 1, n.° 1. ML. 36, 874.

rimponere molem aedificii, quanto erit maius aedificium, tanto altius fodit fundamentum. Et fabrica quidem cum construitur, in superna consurgit: qui autem fodit fundamentum, ad ima deprimitur. Ergo et fabrica ante celsitudinem humiliatur, et fastigium post humiliationem erigitur.

Quod est fastigium construendae fabricae, quam molimur? Quo perventurum est cacumen aedificii? Cito dico, usque ad conspectum Dei. Videtis quam excelsum est, quanta res est, conspicere Deum!»[1].

Pero mirando a lo que nos viene de Dios, lo podemos todo. Porque El no solamente nos da sus gracias a raudales (Jac. 1, 5), sino que también se nos entrega a Sí mismo con todo su poder en el Sacrificio de la Misa y en el Sacramento del Altar: y ésto no una sola vez y para todos juntos, sino todos los días y a todas horas para cada uno de nosotros hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20).

Nos revestimos de Cristo (Rom. 13, 14; Gal. 3, 27; Ephes. 4, 24; Colos. 3, 10), y se hace nuestra la misma omnipotencia de Dios, que es precisamente el motivo formal de la esperanza cristiana, virtud por excelencia del hombre viador, y resorte supremo de la magnanimidad infusa. La esperanza cristiana, por ser una verdadera magnanimidad teologal, dilata nuestro corazón, y le hace emprender confiadamente toda suerte de obras buenas sobrenaturales y meritorias de vida eterna, sin arredrarse ante ningún peligro ni retroceder ante ningún obstáculo. Nada más grande que Dios; y la esperanza teologal no se contenta con menos. Nada más grande, en el orden de los medios para conseguir la posesión de Dios, que los actos meritorios y cada vez más fervorosos de todas las virtudes infusas; y la magnanimidad sobrenatural los acomete todos con renovados bríos, no contentándose con menos.

Santo Tomás de Aquino ha expresado este pensamiento de una manera profunda. «*Quia ex fine diriguntur ea*

---

[1] Sermo 69, nis. 2-3. ML. 38, 441.

quae sunt ad finem, ideo virtutes theologicae, quae habent finem ultimum pro objecto, non solum operantur circa ipsum secundum se, sed ut est directivum aliorum quae sunt ad finem; et ideo sunt quodammodo principia aliarum virtutum.

Sicut *fides* non solum cognoscit Verum Primum, sed etiam alia quae ex Veritate Prima manifestantur ordinantia in ipsam...

Similiter et *caritas* non solum facit diligere Deum, sed etiam proximum propter Deum.

Similiter et *spes* non solum facit tendere in ipsum Deum ut quoddam arduum consequendum, sed etiam ut ex ipso est auxilium in omnibus aliis arduis, vel bonis acquirendis, vel malis vitandis. Unde qui habet spem, sperat Deum consequi, speratque per ipsum omnia necessaria, quantumcumque sint difficilia, obtinere; sperat [etiam] omnia nociva, quantumcumque sint difficilia, repellere.

Et secundum hoc *spes est principium in homine omnium operationum quae ad bonum arduum ordinantur*, sicut caritas omnium quae in bonum tendunt, et sicut fides omnium quae ad cognitionem pertinent. Unde secundum hoc dicitur: *in spe erit fortitudo nostra* (Isaías, 30, 15), non quasi spes sit ipsa fortitudo, sed quia es *principium fortitudinis*»[1].

Así, pues, la humildad pone los cimientos, y la magnanimidad levanta las paredes y las columnas del grandioso templo, según los planos y la alta dirección de la esperanza teologal.

Pero la humildad no es solamente complementaria de la magnanimidad, sino también su verdadero fundamento, como disposición imprescindible de la misma. Porque si la magnanimidad se funda toda ella en la ayuda poderosa de Dios, que procede de su gracia, ésta no se da más que a los humildes, según la palabra de la Escritura: Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (Jac. 4, 6; I Pet. 5, 5-6); el que se ensalza será humillado, y el

[1] In III Sent., d. 26, q. 2, a. 2 ad 2, ed. cit., nis 104-106.

que se humilla será ensalzado (Mt. 23, 12; Lc. 18, 14; Jac. 4, 10). A más humildad, por consiguiente, más gracia de Dios; a más gracia de Dios, más energías sobrenaturales; a más energías, mayor magnanimidad. Luego a más humildad, más magnanimidad. Ambas virtudes son proporcionales, como los cimientos y el edificio: «mensura humilitatis cuique ex mensura ipsius magnitudinis data est»[1]; «unum scio, quod isti magni quales non sumus, quales nondum experti sumus, *quanto magni sunt, tanto humiliant se in omnibus,* ut coram Deo inveniant gratiam»[2]. Por consiguiente, «*pergite viam sublimitatis pede humilitatis:* ipse exsaltat humiliter sequentes, quem descendere non piguit ad iacentes»[3]. El magnánimo no se contenta con una humildad cualquiera, sino que aspira a poseer una humildad verdaderamente gigantesca.

Por eso dice el Eclesiástico: «cuanto más grande seas, humíllate más, y hallarás gracias ante el Señor; porque grande es el poder de Dios, que es glorificado en los humildes» (Eclii. 3, 20-21). «Me gloriaré en mis debilidades –añade el Apóstol–, para que habite en mí la fuerza de Cristo...; pues cuando parezco más débil, es cuando estoy más fuerte» (II Cor. 12, 9-11).

Conforme a lo cual escribe de nuevo San Agustín: «nemo erit a Deo firmus nisi qui se a seipso sentit infirmum»[4]. «Non enim sanctus quisquam potestate sua gaudet, sed eius a quo habet posse quidquid congruenter potest; et novit potentius esse coniungi omnipotenti pia voluntate; quam propria potestate et voluntate posse quod contremismant qui talia non possunt... *Potentior est enim et tutior solidissima humilitas quam ventosissima celsitudo*»[5].

Y en otro lugar: «*omnis* autem *fortitudo in humilitate,* quia fragilis est omnis superbia»[6]. Los humildes son co-

1 S. Agustín, de sancta virginitate, cap. 31, n.° 31. ML. 40, 413.
2 Op. cit., cap. 50, n.° 51, col. 426.
3 Ibid., cap. 51, n.° 53, col. 427.
4 Sermo 76, n.° 6. ML. 38, 481.
5 De Trinitate, lib. 8, cap. 7, n.° 11. ML. 42, 958.
6 Enarratio in Psalmun 92, n.° 3. ML. 37, 1184.

mo los cimientos: están debajo y ocultos, pero gozan de la mayor solidez. En cambio los soberbios son como el humo: se disipan y desaparecen a medida que van subiendo[1].

La humildad es de un lado la santa infancia[2], que tan célebre ha hecho Santa Teresita del Niño Jesús, y de otro la exaltación del Redentor en la Cruz: el mayor acto de magnanimidad en el mayor acto de humildad. «Exaltatus in cruce cum humiliaretur; *sed humiliatio illius non potuit nisi alta esse*»[3].

Por eso exclama arrebatado: es tan grande el ser pequeño, que si no fuera enseñado y practicado por Ti, que eres tan grande, no lo pudiéramos creer ni aprender. «Tam *magnum est esse parvum,* ut nisi a te, qui tam magnus es, fieret, disci omnino non posset»[4].

Por el contrario, la grandeza de la magalomanía y de la soberbia es tan pequeña, que tanto más se achica cuanto más se ensancha. «Est igitur aliquid *humilitatis* miro modo quod *sursum* faciat cor, et est aliquid *elationis* quod *deorsum* faciat cor. Hoc quidem quasi contrarium videtur, ut elatio fiat deorsum, et humilitas sursum. Sed pia humilitas facit subditum superiori; nihil autem est superius Deo: et ideo exsaltat humilitas, quae facit subditum Deo. Elatio autem, quae in vitio est, et cadit ab illo quo non est quidquam superius, et ex hoc erit inferius, et fit quod scriptum est: deiecisti eos *dum* extollerenur (Psam. 72, 12). Non enim ait, cum elati fuissent, ut prius extollerentur et postea deiicerentur, sed *cum* extollerentur *tunc* deiecti sunt: *ipsum quippe extolli, iam deiici est*»[5].

Lo mismo piensa Santa Teresa de Jesús, quien, como es sabido, tenía hecho voto de buscar y de seguir y de hacer siempre en todo lo más perfecto[6], y «querría dar voces

---

1 Ibid.

2 Sermo 353, n.° 2. ML. 39, 1561.

3 Enarratio in Psalmun 132, n.° 11. ML. 37, 1735.

4 De saneta virginitate, cap. 35, n.° 35. ML. 40, 416.

5 De Civitate Dei, lib. 14, cap. 13, n.° 1. ML. 41, 420.

6 Relación primera, Obras, ed. Silverio, t. II, p. 6; Rel. cuarta, p. 27; Rel. 39, p. 68.

y dar a entender a todos lo que les va´en no se contentar con cosas pocas»[1]. «¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de temores y prudencias humanas, así Dios mío, no obráis vos vuestras maravillas y grandezas»[2].

«Digo que no vendrá el Rey de la gloria a nuestra alma, digo a estar unido con ella, si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes»[3]. Y por eso dice a sus hijas: «*no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes.* La intención recta, la voluntad determinada, como tengo dicho, de no ofender a Dios: *no dejéis arrinconar vuestra alma*»[4]. «Está claro que es menester trabajar mucho, y *ayuda mucho tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean las obras*»[5].

Es preciso, por tanto «tener gran confianza, porque *conviene mucho no apocar los deseos,* sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor: que si ellos nunca se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. *Quiere Su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí;* y no he visto a ninguna de estas que quede baja en este camino; ni ninguna alma cobarde, con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estotros en muy pocos. *Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas;* aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo y llega a mucho; aunque como avecica que tiene pelo malo, cansa y queda.

---

1 Rel. primera, p. 4.
2 Las fundaciones, cap. 2, ed. cit., t. II, p. 17.
3 Camino de perfección, cap. 16, t. III, p. 75.
4 Obra cit., cap. 41, p. 201.
5 Obra cit., cap. 4, p. 25.

Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios (Phil. 4, 13); en mí bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que decía San Agustín: dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres[1]. Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió (Mt. 14, 30). *Estas primeras determinaciones son gran cosa,* aunque en este primer estado es menester irse más deteniendo y atados a la discreción y parecer de maestro; más han de mirar que sea tal, que no los enseñe a ser sapos, ni se contente con que se muestre al alma a solo cazar lagartijas. *Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras*»[2].

Ni hay que hacer caso alguno de ciertas humildades falsas y aparentes, cuando en realidad son pusilanimidad y apocamiento, al no querer entender y reconocer los dones del Señor. «Entendamos *bien, bien, como ello es,* que nos lo da sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a Su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar. Y es cosa muy cierta, que *mientras más veces estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aún más verdadera humildad*»[3].

Y en el mismo sentido escribía San Juan de la Cruz a las Carmelitas de Córdoba: «pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, miren cuáles deben ser, pues como en más fuertes han de fundarse las otras; que se aprovechen de este primer espíritu que da Dios en estos principios para tomar muy de nuevo el camino de perfección en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, *no con ánimo aniñado, mas con voluntad robusta*»[4].

* * *

1 Confessiones, lib. 10, cap. 29, n.° 40. ML. 32, 796.
2 Vida, ed. cit., cap. 13, t. I, p. 91-92.
3 Obra cit., cap. 10, p. 71.
4 Obras, ed. Silverio, t. IV, p. 277. Burgos, 1931.

La magnanimidad exige esmero y fidelidad en todo, porque nada hay pequeño cuando se trata de servir a Dios y de labrar nuestra propia santificación. El magnánimo es un preciosista: busca siempre la precisión y la atildadura en todo. Hace todas las cosas lo mejor posible, en particular las que se refieren más directamente al culto divino y al Apostolado, como la oración, la Santa Misa, la administración y recepción de Sacramentos, la exposición de la divina palabra en pláticas y sermones: porque nobleza obliga, y tiene siempre ante los ojos la maldición de Dios contra los que tratan las cosas divinas con descuido y negligencia (Jer. 58, 10).

Su mayor honor es servir a Dios: servire Deo regnare est. Y su mayor timbre de gloria es que Dios sea siempre glorificado, repitiendo con el Salmista y con el Apóstol: «non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam» (Psalm. 113, 1); «soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum» (1 Tim. 1, 17). Todo lo hemos recibido de Dios, y todo lo debemos devolver al mismo Dios.

Nadie más magnánimo y más humilde al mismo tiempo que Jesucristo y que los Santos a imitación suya[1]. La grandeza moral de los héroes paganos y de las más famosas celebridades de la historia, es una sombra en comparación de la de los Santos. Esos héroes se empequeñecen a medida que se los estudia más de cerca y se los conoce más íntimamente; los Santos, al contrario, se agigantan a medida que conocemos mejor su vida íntima. La grandeza moral de aquellos suele ser fingida en su mayor parte; la de estos es realísima en toda la fuerza de la palabra.

Verdad profunda y consoladora, que expresa bellamente el conocido cuarteto:

> Tanto hacia Dios te elevas
> cuanto te humillas;
> nunca es más grande el hombre
> que de rodillas.

---

1 Cf. Santo Tomás, Summa theol., III, q. 41, a, 4 ad 6.